



El papel de los sindicatos en las revoluciones árabes

Isaías Barreñada*

Desde finales de diciembre de 2010 tienen lugar amplias movilizaciones sociales en la mayor parte de los países árabes. En un primer momento pareció que se trataba de un incendio democrático que se propagaba de un país a otro, pero con el paso de los meses empiezan a reconocerse algunos puntos en común así como las muchas diferencias que hay entre estos movimientos.

La escena se ha diversificado; las revueltas han logrado algunos cambios y puesto en marcha reformas políticas en Túnez y Egipto; otras están siendo respondidas con violencia, en Yemen y Siria; otras han visto intervenciones internacionales, en Libia y Bahrain, y en otros países los movimientos han sido mucho más limitados. En todo caso suponen un hecho de excepcional importancia; por primera vez en mucho tiempo, la iniciativa de los cambios viene de abajo, de la calle, y a veces de las zonas marginadas y olvidadas del interior del país. Tengan éxito o no las revueltas en curso, el mundo árabe posterior a 2011 va a ser singularmente diferente al conocido hasta ahora.

Con una perspectiva de más de cinco meses se puede sostener que la llamada «primavera árabe» es una multiplicidad de situaciones diferentes que conjugan demandas de muy distinto tipo, políticas, sociales y económicas y, en muchos casos, se asocian a problemáticas propias de cada país. El desconocimiento y mal-conocimiento que sobre el mundo árabe

tenemos en Europa y América del norte han simplificado con mucha frecuencia los análisis, dando relevancia a ciertos elementos y ocultando otros, amoldando las interpretaciones a nuestra conveniencia: hoy es más atractivo presentar una protesta como iniciativa de jóvenes airados y clases medias urbanas apolíticas, que como el resultado de luchas sociales con múltiples actores, entre los cuales los desempleados y los obreros y empleados públicos mal pagados. En aras de complejizar nuestra visión, podemos apuntar algunas características de estas «revoluciones populares», según la denominación que utilizan los propios actores. Los movimientos son diferentes en cada país. La clave de las protestas ha sido la saturación y el hartazgo y la rápida politización del descontento social. Las causas de las revueltas son múltiples, unas políticas como la falta de democracia y de libertades, el

*Profesor de relaciones internacionales en la Universidad Complutense de Madrid.



despotismo y la arbitrariedad del poder, la represión y la corrupción, y otras socioeconómicas como el deterioro de las condiciones de vida, las desigualdades crecientes, la pobreza y la sensación de empobrecimiento, la precariedad o el desempleo. Las protestas masivas han sido el resultado de una articulación efectiva y novedosa entre actores diversos: jóvenes con nuevas formas de acción colectiva (en pequeños grupos, en redes y estructuras informales, y que han hecho el principal uso de las redes sociales y de otras herramientas tecnológicas), activistas clásicos (sindicalistas, defensores de los derechos humanos), de asociaciones civiles y finalmente de militantes políticos (esencialmente de las oposiciones de izquierda, islamista y liberal, pero también disidentes de los partidos oficiales). Estas revoluciones son ciudadanas por sus demandas y populares porque implican a una parte importante de la población.

Tras superar el miedo infundido por el poder, los aceleradores de la protesta han surtido efecto y las revueltas se han extendido si el contexto es propicio, si ha habido un proceso de acumulación y si la insatisfacción y el descontento están generalizados. En todos los países sin excepción la primera respuesta del poder ha sido la represión, contribuyendo a la radicalización de los activistas y alimentando una espiral de represión-reacción; pero al mismo tiempo, la casi totalidad de los regímenes ha asumido muy rápidamente medidas políticas y económicas para contener las protestas o para prevenirlas, reconociendo implícitamente la validez de las demandas.

El componente socioeconómico en el fundamento de las revueltas

Es innegable que el componente socioeconómico está entre las principales causas de las revueltas, pero éstas no

han tenido lugar en un momento de recesión económica. En la mayor parte de los países árabes agitados hoy por los movimientos de protesta, la economía creció en los últimos años y la crisis financiera mundial ha tenido en ellos un impacto moderado. ¿Cómo explicar entonces el papel de las demandas de justicia social en las revueltas? Para abordar esta cuestión es necesario tener en cuenta la conjunción de cambios sociodemográficos vividos en los países árabes con políticas económicas neoliberales que han generado crecimiento económico y enriquecimiento de pequeños grupos cercanos al poder, y al mismo tiempo el progresivo deterioro de las condiciones de vida de grandes capas de la población, desempleo, bajos salarios, así como la frustración y humillación entre jóvenes y clases medias.

Casi todos los países del Norte de África y Oriente Medio se encuentran desde hace varios años en plena transición demográfica. Tras la explosión poblacional de las post independencias se ha dado un cambio brusco y significativo en las pautas reproductivas. Este fenómeno es producto de una mejora sustancial de las condiciones de vida, la extensión de la educación (primaria y secundaria, pero también superior, de hombres y mujeres), el retraso de la edad de matrimonio y la progresiva incorporación de la mujer al trabajo formal fuera del hogar. El principal indicador de este cambio ha sido el descenso generalizado de la fecundidad: hoy las mujeres árabes tienen entre dos y tres veces menos hijos que sus madres, alcanzando en algunos países cifras equivalentes e inferiores a las europeas. Esto tiene obvias repercusiones en las estructuras familiares, en las relaciones entre géneros y entre generaciones, en las necesidades de servicios públicos, pero también en las expectativas económicas, sociales y políticas de las personas.

Una segunda consecuencia de los cambios demográficos es que hoy si bien la población sigue creciendo por inercia demográfica, ésta es mayoritariamente joven y pronto su estructura se verá profundamente modificada: disminuirá la población infantil y aumentará la población mayor dependiente. En la actualidad se vive un momento de plétora juvenil; un 60% de la población tiene menos de 25 años, las principales cohortes de población son las de adolescentes y adultos jóvenes. Si en los ochenta las calles de las ciudades árabes rebosaban de niños, hoy están llenas de jóvenes que tienen necesidades específicas y encaran desafíos importantes en su transición a la edad adulta. El acceso de estos jóvenes al empleo se hace muy difícil, frustrándose sus aspiraciones de independencia económica y de autonomía personal. Se ha creado así una masa joven que vive una exclusión múltiple, económica pero también social y política, generando las condiciones para actos de desesperación y propiciando el estallido de revueltas locales que pueden arrastrar a la población. De hecho es paradigmático que la inmolación de un joven vendedor ambulante en una pequeña ciudad del interior, humillado por

las autoridades locales, fuera la chispa de la revuelta tunecina.

La cuestión del empleo es de una relevancia crucial en los países árabes. A pesar de que en la última década se ha creado empleo, éste ha sido insuficiente para atender la creciente demanda, y los países de la región tienen los índices más altos de desempleo reconocido a nivel mundial con un impacto especial sobre mujeres y jóvenes, siendo gran parte de él de larga duración. Dadas la estructura y dinámica demográfica, y agravadas por la reducción de las posibilidades de emigración, las necesidades de creación de empleo a corto y medio plazo son enormes y no son satisfechas a nivel nacional. Las perspectivas a medio plazo son aún más inquietantes, en los próximos 10 años, se requerirá crear empleo entre un 30% y un 60% más que el creado durante los años de elevado crecimiento económico. Sin embargo, los programas de promoción del empleo son escasos y claramente insuficientes. En un reciente estudio de la Comisión Europea (2010) se subrayaba que «es necesario actuar de inmediato, porque el statu quo en materia de empleo corre el riesgo de provocar daños irreparables a las perspectivas de desarrollo de estos países», creando «tensiones en su tejido social que podrían afectar gravemente a la cohesión y la estabilidad social en la región, incrementando las presiones migratorias».



Se ha creado una masa joven que vive una exclusión múltiple, económica pero también social y política, generando las condiciones para actos de desesperación

Por otra parte, en el conjunto de los países árabes las condiciones del empleo son muy deficitarias. Abundan el empleo precario (tanto en el sector privado como público), los bajos salarios (en lo que se viene a llamar «trabajo con pobreza» en el cual los salarios no permiten una vida digna ni satisfacer las necesidades básicas) y la informalidad. El salario medio apenas supera los 100 euros en Egipto, no llega a los 150 en Siria y está por debajo de los 300 en Túnez, Marruecos y Argelia; el salario mínimo legal es de 103 euros en Siria, 120 en Argelia, 134 en Túnez, 157 en Jordania y 164 en Ma-

ruecos. Según la OIT Egipto fue uno de los países en que más se deterioró el valor real del salario mínimo y del salario medio en los últimos años. El respeto de los derechos también es pésimo en los países árabes. Esta región tiene los peores indicadores a nivel mundial, donde menos se respetan los derechos de organización de los trabajadores y donde más se incumplen los ocho convenios fundamentales en materia laboral. La Confederación Sindical Internacional ha señalado reiteradamente la falta libertades sindicales y de derechos sociales.

El desempleo tiene un especial impacto sobre los jóvenes. Desde hace años la OIT señala que la región árabe tiene las tasas más altas de desempleo juvenil a nivel mundial (28,2% en 2008), en una tendencia que sigue creciendo, siendo también con África subsahariana la región donde más se ha agravado el problema en la última década. Esto aboca a los jóvenes a la pasividad (falta de autonomía y dependencia de sus familias), a la deserción/emigración (si bien las posibilidades de migración a otros países árabes, Europa o América del Norte se han aminorado en los últimos años) o a la revuelta. Por otra parte, dados los avances en materia educativa y de formación y las políticas de ajuste económico que han generado una enorme brecha entre competencias adquiridas y las solicitadas por los mercados, el desempleo golpea de manera especial a jóvenes formados y titulados. Esto ha dado pie en algunos países al fenómeno del desempleo masivo de diplomados, egresados de escuelas superiores y universidades que se ven abocados al paro o a su desprofesionalización. Así desde los noventa han surgido movimientos de parados en Marruecos, Argelia y Túnez, introduciendo la cuestión del empleo como demanda social básica unánimemente establecida en todos los espacios de contestación.



La plaza de la Liberación o plaza Tahrir en El Cairo (Egipto) durante las protestas de febrero de 2011.

A los bajos salarios y al desempleo se han sumado los recortes en el gasto público que han supuesto el adelgazamiento de los programas sociales y la eliminación progresiva de subvenciones a los productos de consumo básico (por ejemplo los cereales), el encarecimiento del transporte público y de la vivienda. El creciente coste de la vida, que afecta de manera especial a los pobres y más desfavorecidos, ha provocado un vasto descontento social, agravado por la profundización de las desigualdades, la corrupción y el nepotismo en los entornos del poder. Mientras que en los últimos años el Banco Mundial y los círculos empresariales y financieros mundiales han venido considerando tanto a Egipto como a Túnez muy «buenos alumnos» a la hora de aplicar las reformas económicas requeridas para adaptarse a la globalización.

Las luchas sociales y el movimiento obrero antes y durante las revueltas

El sindicalismo árabe tiene una larga tradición y es bastante diverso. Con la excepción de Arabia Saudí, Qatar y los Emiratos Árabes Unidos, en todos los demás países árabes hay sindicatos; creados la mayor parte de ellos junto a los partidos que protagonizaron las independencias, han tenido un papel específico y reconocido en los sistemas políticos árabes, participando en la distribución de la renta, encuadrando a la población, haciendo de mediador en ciertos conflictos y muchas veces conteniendo protestas. En muy pocos casos (Marruecos, Líbano) se consintió un verdadero pluralismo sindical y el modelo dominante fue el sindicalismo unitario forzado. El problema esencial fue

su falta de independencia, el sindicato fue el «frente obrero» del partido oficial, reprodujo los esquemas autoritarios de los regímenes y sofocó cualquier tipo de contestación. Esto no impidió que el campo sindical domesticado fuera utilizado por grupos de oposición y corrientes críticas consentidas. En determinadas ocasiones, los gobiernos intervinieron para impedir el funcionamiento democrático de las organizaciones (Palestina) o sofocaron conatos de oposición política desde el movimiento sindical (Túnez, Sudán). Un hecho singular es que la presencia de los movimientos islamistas en el sindicalismo ha sido limitada y muy desigual; lo intentó sin éxito el FIS en Argelia y Hamás en Palestina, pero solamente en Marruecos hay una central claramente identificada con un partido islamista moderado, el PJD, aunque en casi todos los países hay islamistas en las centrales mayoritarias.

Salvo muy contadas excepciones, el movimiento sindical árabe oficial es débil; la sindicalización es baja, la negociación colectiva está poco desarrollada al igual que el diálogo social. Representados de manera burocrática en la industria y la función públicas, los sindicatos generalmente están ausentes de las empresas privadas y de los sectores más dinámicos de la economía. Sin embargo, en los últimos quince años, han surgido organizaciones sindicales donde no existían (en el Golfo y Omán) y crecen las demandas de pluralismo sindical. En varios países las centrales oficiales han visto aparecer concurrentes, en algunos casos, son sindicatos independientes a pesar de que la ley no lo facilite (Argelia, Túnez, Palestina, Egipto); en otros casos se ha politizado y fragmentado aún más el escenario sindical (Marruecos, Iraq); en otros países han aparecido

organizaciones no gubernamentales con clara voluntad de convertirse en organizaciones sindicales democráticas e independientes (Egipto, Palestina, Túnez, Líbano).

En los diferentes países árabes estas nuevas organizaciones autónomas del mundo del trabajo, junto a nuevas expresiones de la sociedad civil, han participado plenamente en una creciente dinámica de contestación democratizadora y no violenta. Por ello cabe preguntarse qué papel han desempeñado los movimientos obreros en estas últimas revueltas árabes que tienen un indudable fondo de descontento social y económico, asociado a una clamorosa demanda de cambios políticos. De partida se puede constatar que si bien las organizaciones de trabajadores no han sido las protagonistas, encontramos en cada país, y en particular en los que han vivido movilizaciones masivas y exitosas, su presencia y sobre todo un sustrato de luchas sociales en torno a conflictos laborales que sirvieron para acumular fuerzas y como campo de experimentación en la coordinación entre los movimientos sociales.

Se pueden señalar al menos dos conflictos sociales de gran envergadura en los años previos a la «primavera árabe» que pueden ser interpretados como sus antecedentes. No fueron estallidos de cólera ante un caso de injusticia, sino casos de acción colectiva de gran alcance que movilizaron a decenas de miles de personas y forzaron a las autoridades a tomar medidas importantes. Estos casos ponen en evidencia que el movimiento obrero generó una cultura de la protesta y contribuyó de manera decisiva en la conciencia ciudadana, más que los partidos políticos y probablemente de manera más amplia que las asociaciones civiles.

El primero fue el amplio movimiento social que paralizó durante seis meses la cuenca minera de Gafsa en Túnez. Las demandas iniciales eran de carácter económico en torno a la gran empresa pública fosfatera: salarios dignos, empleo, pensiones dignas para las víctimas de accidentes laborales, mejores condiciones de vivienda, salud y educación, pero ante la represión se extendieron a la denuncia de la expoliación de los recursos por las mafias económicas próximas al poder, la corrupción y el nepotismo. El conflicto aglutinó a distintos actores en la región, incluidos funcionarios y comerciantes, pero también en el resto del país, creándose complicidades con distintos movimientos sociales con fuerte carga de contestación política. La huelga general puso en evidencia una fractura

El sindicato fue el «frente obrero» del partido oficial, reprodujo los esquemas autoritarios de los regímenes y sofocó cualquier tipo de contestación

en la UGTT, la central sindical única, cuya dirigencia regional estaba con el poder y sus estructuras de base con la protesta. Ante el temor de un desbordamiento, el gobierno accedería a introducir reformas, y anunció inversiones y planes de empleo en la región.

El segundo caso tuvo lugar en los mismos meses en Mahallah al-Kubra, un importante centro industrial en el norte de Egipto. Los planes de ajuste aplicados desde 1991 conllevaron el cierre de varias empresas públicas o su venta en beneficio de ciertos grupos económicos afines al poder. Entre 2004 y 2007 el país ya vivió una amplia contestación obrera ante la nueva ola de privatizaciones y la degradante situación social: caída del salario real, aumento del desempleo, de los precios de los alimentos y de la pobreza. Se multiplican las huelgas, las ocupaciones de fábricas y las manifestaciones, la tensión va en aumento en





diferentes empresas públicas, se extiende a los funcionarios y a la empresa privada. En abril de 2008 explota la cólera popular en Mahallah al-Kubra. La dirección de la empresa Misr Spinning and Wearing Co, el gigante textil del sector público, no ha cumplido las promesas hechas para acabar con las huelgas precedentes. La policía ocupa las fábricas y se declara una huelga general, demandando mejoras salariales a nivel nacional y subsidios para los productos básicos. La protesta desborda las fábricas y recibe el apoyo de los partidos de oposición (islamistas, el movimiento laico Kifaya, naseristas, comunistas) y de jóvenes que a través de las redes sociales ayudan a difundir la consigna de huelga el 6 de abril. La protesta tendrá un amplio apoyo social y sorprenderá por la rápida politización de las consignas, pasando de lo social a los lemas antigubernamentales, y pone al movimiento obrero a la cabeza de las protestas que arrastran a otros sectores. De esta experiencia nacerá el Movimiento juvenil 6 de abril, uno de los impulsores de las protestas de enero de 2011.

En ambos casos se puede señalar cómo movimientos sociales nacidos en torno a reclamaciones de tipo económico y laboral, sentidas por el conjunto de la población, lograron aglutinar a otros actores sociales e incorporar demandas de interés común y de carácter cada vez más político. También fueron la ocasión para una coordinación efectiva entre movimiento obrero, otros movimientos sociales y formas de oposición política organizada (partidos) o difusa (movimientos juveniles y ciberactivistas). Finalmente, en ambos casos las autoridades evidenciaron los riesgos de una movilización de esta envergadura y naturaleza. Los casos de Gafsa y de Mahallah al-Kubra son sin duda llamativos, no sólo porque no tienen equivalentes en otros países, sino porque muestran ya las pautas de las revueltas de 2011; la cuestión social está muy presente en

las reclamaciones de partida, el descontento se politiza, la implicación de las organizaciones obreras no corre a cargo de las centrales sindicales oficiales sino de algunas de sus estructuras de base o de iniciativas sindicales independientes. El papel de los sindicatos requiere de una puntualización. En el caso tunecino, ya se apuntaba una ruptura entre la dirección de la UGTT, alineada con las posiciones del gobierno y empeñada en contener la protesta, y sus estructuras de base, implicadas al movimiento social. El desarrollo del movimiento tendrá efectos negativos sobre la central.

En el caso egipcio, el sindicato oficialista ETUF también estuvo al margen del conflicto y no fue capaz de contenerlo tal como ha sido su práctica en otras ocasiones. La iniciativa fue de los comités autónomos de empresa y de centro, entre los cuales destacan activistas ligados a grupos políticos o sindicalistas independientes, que reciben el apoyo de movimientos sociales diversos. En cada caso la participación del movimiento obrero ha tenido una forma específica, en función de la acción colectiva previa, de la dinámica general de la protesta y de las características del movimiento sindical y demás movimientos sociales.

Túnez. La histórica Unión General de los Trabajadores Tunecinos, creada en 1945, ha sido el sindicato único, cercano al poder y al mismo tiempo con veleidades de ser el contrapoder que significó en la post independencia. Gracias a ello logró mantener una cierta representatividad y función mediadora, siendo incluso refugio de opositores. Esto explica su singular papel en las protestas que arrasaron el país desde finales de diciembre de 2010. Desde sus primeros momentos, las protestas reciben el apoyo de las uniones regionales de la UGTT en las provincias del interior y de militantes sindicales, mientras la dirección de la central titubea. Finalmente, ante el llamamiento a huelgas generales en distintas ciudades (Sfax el 12 de enero, Kairouan el 13), la dirección se pone del lado de la protesta y será uno de los pocos componentes organizados de la revuelta. El día antes de la partida del dictador, el 14 de enero llama a la huelga general.

La diversidad de posiciones internas respecto al papel de la central en la protesta y en la transición será patente; de manera precipitada la dirección de la UGTT acepta participar con tres ministros en el primer gabinete de transición, pero un día más tarde renuncian ante la evidencia de que se trata de un gabinete continuista. En cambio otras fuerzas internas de la UGTT participan en el Comité de Salvaguarda de la Revolución y en las iniciativas locales más radicales que presionan para que la transición sea fiel a las demandas populares y no sea secuestrada por reformistas. La UGTT, pendiente de inevitables ajustes internos que han de concretarse en un próximo congreso, será sin duda y a pesar de todo un interlocutor ineludible en las refor-

mas económicas y en la transición política. En otro plano ya se plantea la posibilidad del pluralismo sindical con la creación de la nueva CGTT y algunos líderes sindicales participan en el proyecto de creación de un Partido de los Trabajadores inspirado en el caso brasileño.

Egipto. La oficialista Federación Egipcia de Sindicatos (ETUF en sus siglas en inglés) era una extensión del partido y del gobierno, no era representativa y su función última era de hecho controlar a los trabajadores. Desde hacía años la contestación laboral venía siendo protagonizada por nuevas organizaciones independientes que reclamaban salarios dignos, protección social y libertad de asociación. Serán estas iniciativas autónomas y los comités de trabajadores en las empresas, los que activen las huelgas que provocarán, junto con las movilizaciones masivas en las plazas, el golpe del ejército y la caída del régimen.

A lo largo de las revueltas tiene lugar una ola de huelgas en el sector privado y público, en las empresas del Canal de Suez y en los centros industriales pidiendo mejoras salariales y derechos sindicales: el 30 de enero los sindicatos independientes llaman a la huelga general, el 31 los partidos de oposición apoyan el llamamiento, el 11 febrero los obreros paran el sector textil en Mahallah, el 13 las huelgas tocan el puerto de Alejandría y la banca en la capital, hasta que el 14 de febrero el Consejo Superior de las Fuerzas Armadas decreta la prohibición de reuniones y manifestaciones sindicales. Un hecho singular es que al calor de las protestas han visto la luz varios sindicatos independientes (en diversas ramas, esencialmente de la función pública) que se agrupan el 30 de enero en la nueva Federación Egipcia de Sindicatos Independientes (EFITU). En el caso egipcio también hay que señalar la importante función desempeñada estos años por el Centro de Servicios a Sindicatos y Trabajadores (CTUWS) una ONG laboral creada por ex dirigentes sindicales metalúrgicos y vinculada con la izquierda política egipcia, que ha venido prestando ase-



sofía legal y formación a militantes y cuadros sindicales, participó activamente en la revolución de Tahrir y hoy acompaña el proceso de estructuración de las nuevas organizaciones sindicales.

En cada uno de los demás países el papel del movimiento obrero ha sido diferente. En **Mauritania** y **Kuwait**, las organizaciones sindicales han sido las primeras en llevar las protestas a la calle, reivindicando demandas de carácter salarial y en materia de condiciones de vida. En **Marruecos**, donde existe pluralismo sindical, las estructuras locales y numerosos activistas de la UMT y CDT, al igual que los movimientos de parados, han estado implicados en el Movimiento 20 de Febrero junto a jóvenes y militantes asociativos. Con el auge de la contestación, las direcciones de estas dos centrales y de la FDT deciden unirse a los movimientos sociales en la celebración del Primero de Mayo y declaran formar parte del movimiento de protesta.

En **Yemen** numerosos cuadros sindicales participan en las plataformas que activan las protestas y ha aparecido un nuevo sindicato independiente que rompe el monopolio de la oficial Federación General de Sindicatos de Trabajadores de Yemen. Lo mismo ocurre en **Jordania**, país donde la precariedad laboral es la regla y la libertad sindical está limitada al sector privado; numerosos miembros de la Federación General de Sindicatos Jordanos (GFJTU) han estado presentes en las movilizaciones. En **Bahrein**, donde nació uno de los primeros

La cuestión social está muy presente en las reclamaciones de partida, el descontento se politiza, la implicación de las organizaciones obreras corre a cargo de sus estructuras de base

Tema del mes

sindicatos en un país del Golfo, el movimiento obrero con especial implantación entre la población chií y los trabajadores extranjeros ha estado presente en las protestas. En **Argelia**, las limitadas movilizaciones que han tenido lugar han visto también la participación destacada de los sindicatos independientes (como el SNAPAP) y los desempleados, que participan en la Coordinadora Nacional por el Cambio y la Democracia, mientras que la oficialista UGTA ha seguido en su encastillamiento de central hegemónica



intentando arañar concesiones salariales del gobierno. Incluso en **Libia**, país sobre el cual la información es limitada, parece haber habido alguna contestación obrera al margen de la organización vertical, la Unión General de Productores de la Jamahiriya Árabe Libia, que nunca funcionó realmente como una organización de defensa de los derechos de los trabajadores sino que formaba parte del entramado de organizaciones del singular sistema de la Jamahiriya. En sus primeras declaraciones Gadaffi llegó a achacar las revueltas a «sindicalistas, agentes del exterior y traidores». Incluso en el **Sahara occidental ocupado**, las protestas han unido a jóvenes desempleados, ex trabajadores de Fos Bucra que exigen el reconocimiento de sus derechos, estudiantes y activistas de los derechos humanos, asociando en sus reclamos demandas sociales y políticas de perfil independentista.

En suma, estos primeros meses de 2011 han puesto en evidencia que las revueltas no nacen de manera espontánea, tienen antecedentes organizativos y se articulan dotándose o utilizando estructuras disponibles. Una contribución clave de los movimientos sociales, sean movimiento obrero o asociaciones civiles, ha sido poner al servicio de la revuelta sus capacidades, experiencia organizativa y redes de contactos. En varios casos es evidente que los movimientos sociales han dado osamenta y estructura a las revueltas. En el caso tunecino esta articulación entre las

fuerzas del movimiento de protesta permitió el basculamiento de la dirección de la central sindical, a pesar de las resistencias internas, hasta posicionarse con las revueltas. Las contribuciones de las organizaciones de derechos humanos y de mujeres, de las asociaciones de abogados y jueces, ha sido equivalente. La singularidad del componente obrero es que ha contribuido a dar carácter masivo a las protestas y, tanto en Túnez como en Egipto, las huelgas fueron claves para paralizar el país y precipitar los acontecimientos, pues la paralización de la actividad económica forzó a los sectores económicos y a otros poderes fácticos a posicionarse ante el poder.

Conclusiones

Más allá del protagonismo juvenil y del impacto de las redes sociales y otros medios de comunicación, las organizaciones populares, los movimientos sociales y en particular las organizaciones de trabajadores están desempeñando un papel significativo en las revoluciones árabes de 2011. En Túnez y Egipto, donde las movilizaciones han logrado alcanzar niveles masivos implicando a todos los grupos sociales, hubo importantes movilizaciones previas en torno a demandas de justicia social que contribuyeron al crescendo de pérdida del miedo y de politización del descontento, y también alertaron a las autoridades del riesgo de contestación de más amplio alcance. Allí donde no han tenido lugar movilizaciones previas, entre otras razones por falta de organización suficientemente estructurada, las actuales revueltas se encuentran o bien con mayor resistencia de los gobiernos (Libia, Siria, Yemen, Bahrain) que confían en poder sofocar la contestación o con reformas políticas y medidas económicas de última hora (Marruecos, Argelia, Jordania) con las que confían poder atemperar las movilizaciones.

En los países donde las movilizaciones populares han forzado cambios de gobierno y provocado la puesta en marcha de reformas democráticas, las transiciones recién inauguradas hacen frente a dificultades y sobre ellas se ciernen incertidumbres. Los movimientos sociales han sido quienes más han contribuido a que las reformas no sean sólo cosméticas y realmente desmantelen el viejo régimen y construyan, sobre bases legítimas, sistemas democráticos. Si esto es complejo, más aún será implantar en paralelo un Estado del bienestar que reparta la riqueza y reduzca la exclusión social. Por ahora las revoluciones han sido acogidas positivamente por la comunidad internacional y las reformas políticas han recibido promesas de apoyo, pero no es aventurado pensar que en breve las instituciones financieras internacionales y los países donantes volverán a plantear exigencias que condicionen las reformas económicas y vuelvan a relegar la cuestión de la justicia social. ■